

ROSE CORRAL (ed.), *Norte y Sur: la narrativa rioplatense desde México*. Con la colab. de Hugo J. Verani y Ana María Zubieta. El Colegio de México, México, 2000; 279 pp.

Este libro es un acontecimiento en nuestras letras por varias razones, una de ellas, aparte de la evidente calidad de las colaboraciones, es que rompe el aislamiento en el que se desarrollaron, en las últimas décadas, las literaturas de nuestros países. A la globalización en apariencia imparable que se nos propone, corresponde un empobrecimiento generalizado de las comunicaciones culturales entre los países latinoamericanos. Justamente esa globalización hace que las poderosas empresas editoriales, por ejemplo españolas, distribuyan sus libros con mucha mayor facilidad que las editoriales de los distintos países de nuestro continente, cuyas dificultades económicas e incabables crisis hacen que la circulación de bienes culturales de una zona geográfica a otra sea cada vez más restringida. En suma, no existe la “circulación continental de la literatura hispanoamericana” que correspondió a la “euforia de los años sesenta y setenta”, como dice Rose Corral en el “Prólogo”.

Este libro responde al deseo de retomar esos contactos y esa comunicación fecunda entre dos regiones literarias: México y el Río de la Plata, y recoge las ponencias presentadas en el coloquio sobre narrativa rioplatense que tuvo lugar del 17 al 19 de marzo de 1999 en El Colegio de México. El libro está organizado de manera clara y pertinente, atendiendo a una especie de gradación particularmente apropiada para guiar la lectura paso a paso, y agrupa por afinidades temáticas las intervenciones de los participantes. Comienza con una amable “Apertura” en la cual Fernando del Paso realiza un nuevo recorrido por el *Adán Buenosayres* de Marechal (“Mi *Buenosayres* querido”) y Ana María Barrenechea recuerda con emoción la figura de Alfonso Reyes, “Embajador de la cultura de México”, y termina con el terrible testimonio del uruguayo Carlos Liscano sobre su permanencia en la tristemente célebre cárcel llamada “Libertad” durante la dictadura militar del Uruguay. Entre estos polos hay cuatro secciones más. Antes de ocuparnos en detalle de los artículos, hay que señalar que a lo largo de los textos se va configurando un conjunto de temas o motivos recurrentes junto con algunos autores repetidamente evocados. Por ejemplo, entre los temas: la recepción de ciertos textos, el canon, la cultura de masas o los géneros populares y su intrusión en la literatura culta, la ciudad, la memoria, la historia y la identidad. Asimismo, los escritores que más se reiteran en los análisis forman una pequeña constelación: Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges, Roberto Arlt, Ricardo Piglia y Juan Carlos Onetti.

Aunque algunos textos desarrollan una vía comparativa entre un escritor rioplatense y uno mexicano, la mayoría de los artículos res-

ponde al título del libro: la narrativa rioplatense vista desde México, ya sea por los mexicanos, ya sea por los autores venidos del Sur. En ese sentido, la sección “Confluencias entre México y el Río de la Plata” reúne los análisis que ponen en contacto a un escritor rioplatense con uno mexicano de manera explícita y clara. Así, aunque el texto de Juan José Saer, “La narración-objeto”, primero de esta sección, se plantea como una reflexión teórica sobre “la noción de objeto [que] está en el centro de todo relato de ficción”, los ejemplos elegidos por el autor son tres narraciones que pone en paralelo: *Los adioses* de Juan Carlos Onetti, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y *El silencio* de Antonio di Benedetto.

Anthony Stanton compara dos novelas en “Narrar la historia: ética y experimentación en José Emilio Pacheco y Ricardo Piglia”. El análisis de *Morirás lejos* y *Respiración artificial* le permite establecer un fascinante acercamiento entre dos novelas que han sido publicadas a trece años de distancia una de la otra: ambas “ofrecen distintos modelos de cómo narrar la historia” y ambas logran “mantener... un grado de ambigüedad que relativiza la relación entre discurso y referente. En las dos novelas hay una simultánea desconfianza y fe en la necesidad de la palabra escrita”, con lo cual su estudio sintoniza de manera inmediata con el artículo de Saer que le precede, aunque ambos otorguen un significado diferente al concepto de discurso.

En “*Adán Buenosayres* y *La región más transparente*: primera aproximación comparativa”, Georgina García Gutiérrez establece los elementos de cercanía y las diferencias en las novelas de Marechal y de Fuentes: qué recepción tuvo una y otra, cómo ficcionaliza cada uno de los autores las ciudades aludidas en los títulos, la relación con la historia de la nación, los préstamos intertextuales, las posiciones ideológicas, su relación con las respectivas identidades nacionales, con la cultura universal y con los mitos.

Para finalizar esta sección, Ana María Amar Sánchez desarrolla, en “Crimen y pasión: redes entre literatura y cultura de masas”, las relaciones que mantienen los géneros cultos con los populares y los avatares criollos de la novela policial (Paco Ignacio Taibo II, Juan Sasturain y Luis Zapata), que ya es practicada con intenciones críticas y al mismo tiempo paródicas, estableciendo de esta manera, al trastocar los géneros y los cotos antes separados de lo “alto” y lo “bajo”, una estrecha complicidad con el lector: “En este fin de siglo, cuando ya no parece posible pensar en vanguardias, ni en transgresiones, esta literatura *repolitiza* aquellas formas masivas que fueron leídas como su antítesis y encuentra en ellas —usándolas y traicionándolas a la vez— un último potencial utópico”.

En la sección “Escenarios de la ficción”, cinco estudios se ocupan de los espacios en los que suceden las narraciones. En “La ciudad y el campo”, César Aira retoma la pareja de espacios del título y traza una histo-

ria polémica que va desde la literatura gauchesca hasta Borges, Bioy Casares, Sábato y Cortázar. Ana María Zubieta, “Viajes, paseos, andanzas”, pone en paralelo el tango y Borges: “...dos textualidades que con sus representaciones de viajes, paseos y andanzas marcaron singularmente la cultura y la literatura argentinas... Fueron ellos los que trazaron de una manera indeleble lo que [se] llama ‘geografía de la identidad’”. Pablo Rocca plantea algunas preguntas sobre la literatura “campera” en “La narrativa posgauchesca, ¿una poética colectiva?”. Lo hace para el Uruguay, la región del Plata en la que más ha perdurado la literatura rural. Recuerda la polémica en la que participó Onetti, desde las páginas de *Marcha*, en favor de una literatura centrada en la ciudad y su rechazo a considerar como esencia nacional toda la parafernalia gauchesca y folclórica, polémica que con los términos de “regionalismo” o “criollismo” opuestos a cosmopolitismo fue uno de los problemas más debatidos en el núcleo intelectual uruguayo del medio siglo.

Rocío Antúnez analiza “La creación del espacio urbano en los primeros textos de Juan Carlos Onetti” y su artículo recuerda que el escritor uruguayo aspira a hacer “converger literatura urbana con literatura nacional” y a escribir textos “que no sólo sean el producto de la ciudad sino que, a su vez, la produzcan”. Con lo cual completa la imagen de la polémica que analiza Pablo Rocca en el artículo anterior.

Siguiendo con el tema de la ciudad, Luis Chitarroni, en “La ciudad y el relato en los noventa”, analiza la imagen de la ciudad de Buenos Aires en dos novelas: *El mal menor* (1996) de C. E. Feiling y *El sueño* (1998) de César Aira. Los “noventa” a los que se refiere el título son los últimos años del siglo xx y los dos libros citados (escritos durante el mismo año de 1994, a pesar de sus fechas de publicación diferidas) muestran la ciudad de Buenos Aires “como nunca antes había sido mostrada”.

Inmediatamente después, aparece la sección: “Lecturas y relecturas” que abre con un artículo de José Panesi, “Borges: destinos sudamericanos y destinos de la traducción”. La propuesta de Panesi es que “promediando la década del treinta y hasta el fin de sus días [Borges] no ha hecho sino empeñarse en revertir o corregir la religión nacionalista enarbolada en el fervor de los primeros tres libros de ensayos”. Es decir: *Inquisiciones*, *El tamaño de mi esperanza*, y *El idioma de los argentinos*.

Ana María Camblong realiza una relectura de “Macedonio Fernández: archivo de la vanguardia”. Para esa relectura la autora retoma la idea de “metáfora” en Macedonio y de allí se propone la necesidad de incursionar en la alegoría. En ese sentido, encuentra una puesta en escena de la función de Maestro, subterráneo e inasible, que Macedonio Fernández ejerció sobre Borges por medio de las alusiones que pueden descubrirse en el cuento de este último, “La rosa de Paracelso”, representación alegórica de ese “magisterio”.

Rose Corral propone otra forma de relectura: la de “Ricardo Piglia: los «usos» de Arlt”. Se trata de la manera en que un autor, en este caso Piglia, se “apropia” de los textos de la tradición desplazándolos y desviándolos. En ese sentido, se puede hablar de los “usos ficcionalizados” —el apócrifo, el plagio, la cita paródica— que el escritor realiza, “no sólo de Arlt y de su obra sino también de Borges y de Onetti”.

Adolfo Castañón se ocupa de “Las narraciones de Olga Orozco: el abismo luminoso”. Castañón demuestra cómo la prosa de Orozco, narrativa y lírica al mismo tiempo, en la cual se evocan la infancia y los sueños, entreteje una trama ininterrumpida con su poesía. Se trata de un proyecto narrativo que elude el realismo y la “voluntad edificante de verdad autobiográfica”.

Liliana Weinberg dedica su artículo, “La narrativa de Ezequiel Martínez Estrada: liebre por gato”, al análisis de los relatos del autor argentino. Hay en la construcción de los relatos de Martínez Estrada “varias estrategias narrativas básicas: extrañeza, borradura de los límites, complicación al infinito, aumento de lo insignificante”, sistema que Liliana Weinberg propone llamar “lo real-ominoso” en contraposición a la desgastada noción de “real-maravilloso”.

En “*El infarto del alma*: Roberto Arlt y Diamela Eltit”, Margo Glantz ensancha el área geográfica al comparar a la escritora chilena con el autor argentino. El libro de Diamela Eltit es el resultado de una visita a un manicomio en compañía de una fotógrafa. La relación con *Los siete locos* de Arlt se impone, aunque ambos textos sean distintos. Sin embargo, muy poca cosa los une. Ni la idea del amor (loco), ni el sentido de la culpa, ni la metafísica o el pecado. Sólo se tocan en un punto: “Los orgullosos personajes, esos siete locos, tienen nostalgia también del cariño maternal”.

Hugo J. Verani, en “Mario Levrero o el vacío de la posmodernidad”, recuerda la existencia de un escritor “inclasificable, y que como Felisberto, no admite comparaciones con ningún otro”. Levrero desarrolla una narrativa típicamente posmoderna: disuelve las convenciones de los géneros; suprime las distinciones entre arte y vida, entre ficción y no ficción, novela y autobiografía; cultiva la discontinuidad y el humor como señal de que no hay que confiar en la fidelidad de lo contado; despoja al relato de todo sentimentalismo y patetismo, de todo énfasis o arrebatado.

La última sección, “Variaciones sobre historia y ficción” reúne seis textos que cierran este volumen. En primer lugar, Teresa Porzecanski explora, en “Extranjería e identidad social en la ficción narrativa”, algunos aspectos del concepto “siempre ambivalente de «identidad nacional»” apoyándose en algunos ejemplos de la ficción narrativa: José Pedro Díaz y Mario Levrero, por ejemplo.

Ana Rosa Domenella estudia algunas propuestas de “La nueva novela histórica en la Argentina de los noventa”. Compara tres narra-

ciones: *El farmer* (1996), de Andrés Rivera; *La princesa federal* (1998), de María Rosa Lojo, y *La liebre* (1997) de César Aira. En las tres se cumplen algunos de los principios de la llamada “nueva novela histórica”: incorporación crítica del pasado al imaginario actual y recuerdo de que no se está hablando en realidad del pasado sino de lo que persiste de él en el presente. A todo ello se agrega lo que Ana Rosa Domenella llama “una perspectiva de género (masculino/femenino)” que marca cada una de las novelas y las inscribe con más fuerza en la construcción de una cultura de final de milenio.

Sandra Lorenzano –“Heridas de la historia (Memoria y escritura en Héctor Tizón)”– propone una lectura de la novela de Tizón *La casa y el viento* dentro del marco de una problemática que evoca los años terribles de la dictadura en Argentina: “La memoria, la escritura, bordean ese vacío; el vacío de lo *irrepresentable*”. La memoria, pero también el exilio y los innumerables delitos de desaparición sobre los que se fundó el país.

Danubio Torres Fierro, en “Juan Carlos Onetti (1990-1994): una visión del Uruguay”, ofrece un testimonio “a mitad de camino entre una visión literaria y el testimonio personal” del escritor uruguayo, cuya figura es percibida por Torres Fierro como el vaticinio estético y sociológico del destino “arisco, vacilante, incierto” del Uruguay.

Carlos Pereda analiza las repercusiones de un *best-seller* uruguayo en “La novela como ensayo: el caso de *¡Bernabé, Bernabé!*” Contradiciendo de algún modo las propuestas de los artículos que tratan sobre la memoria, la tesis de Pereda es tajante: “Las deudas que se contrajeron con ellos [los muertos] son *para siempre* –hagamos lo que hagamos– impagables”. El “poder redentor de la memoria” suele ser una manifestación de muchas fantasías que rodean a una “buena conciencia” tranquilizadora.

El último trabajo del libro constituye el cierre dramático que ya mencioné al principio: Carlos Liscano cuenta la terrible experiencia que le tocó vivir en una prisión de la dictadura uruguaya, y cómo “ese viaje a los límites de la lengua está en el fundamento más profundo de todo lo que [ha] escrito, en y después de la cárcel”.

Al terminar este recuento, el lector podrá percibir que nos encontramos con una experiencia de “viaje” intelectual profunda y apasionante. Este es un libro que merece ser leído. Y coloquios como el que le dio origen deberían ser frecuentes.

NORA PASTERNAK